

Olivier DABÈNE (ed.). *Amérique Latine, les élections contre la démocratie?* París: Editorial Presses de Sciences Po, 2007. 381 pp. ISBN 978-2-7246-1039-0.

La coincidencia del calendario electoral propició que desde noviembre del 2005 a diciembre del 2006, doce países latinoamericanos celebraran sus elecciones presidenciales. El estudio de un escenario tan variopinto, balance en cambios o continuidad, así como la discusión en torno a una serie de hipótesis formuladas sobre los obstáculos de la consolidación de la democracia en América, constituyen la esencia de esta importante obra. Como bien lo sistematiza el editor del libro, esta excepcional ola de elecciones dejó como saldos cambios radicales (Bolivia y Ecuador) pero también una cierta continuidad (Chile, Colombia, México, Venezuela y Brasil). Aparecieron figuras nuevas tales como Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador o Michelle Bachelet en Chile, mientras que tres ex presidentes fueron reelegidos dos décadas después de su primer mandato (Costa Rica, Nicaragua y Perú).

La obra surge como resultado de un primer balance realizado en París en el coloquio *L'Amérique Latine aux urnes* (dic. 2006) y que continuaba el trabajo del *Observatoire des élections* creado un año antes en Sciences Po. Asimismo, recoge hipótesis surgidas del coloquio sobre «renovación de personal político» organizado en el *Centre d'études et de Recherches Internationales* (dic. 2004) y más aún del *Workshop* organizado en Granada en el marco del *European Consortium for Political Research* titulado *Élections et démocratie en Amérique Latine*.

La introducción retoma el análisis desarrollado en los diversos capítulos para probar tres hipótesis, en tres distintas dimensiones: comportamiento electoral, oferta política e instituciones. Como primera hipótesis, se plantea que en un contexto de decepción *vis-à-vis* de la democracia, los comportamientos electorales se caracterizan ya sea por una deserción creciente (falta de inscripción, abstención, voto nulo o en blanco), por un abandono de la retórica populista (voto de delegación a un líder carismático) o bien por un voto protesta (voto bronca) conduciendo a frecuentes alternancias. Esta hipótesis queda globalmente invalidada, ya que la deserción electoral se reflejó moderada, y frente a una clase política desacreditada, los ciudadanos latinoamericanos mostraron una tendencia a ceder ante las sirenas del populismo.

La segunda expone que aquellos comportamientos se verían animados por la crisis de una oferta política; es decir, por la incapacidad de articular una alternativa creíble, por el descrédito de los políticos, y, por ende, por la aparición de *outsiders*, y la debilidad de los partidos políticos. La hipótesis resulta parcialmente válida. La crisis de la oferta política se atenúa con la emergencia de una alternativa hacia la izquierda.

Se señala que la época de *outsiders* pareciera cosa del pasado, con lo cual, en el 2006, todo pasó cual si ciertos electores latinoamericanos hubiesen decidido renovar a los políticos «desde adentro», haciendo variar el perfil sociológico de sus dirigentes.

Tercera hipótesis, los sistemas electorales empleados no llevarían a garantizar ni una justa representatividad (especialmente de las minorías) ni buena gobernabilidad (con casos frecuentes de «cohabitación»); asimismo, en aumento en ciertos países, los mecanismos para la administración electoral regularmente son puestos en tela de juicio, lo que poco contribuye a asentar la credibilidad del proceso electoral. Dabène sostiene que los sistemas electorales latinoamericanos conocen distorsiones desde inicios del siglo XIX y a pesar de las reformas constitucionales de la década de 1990, éstas no han aportado mejoras, de suerte que en un análisis profundo de la democracia en América Latina, ésta pasa, antes que todo, por una consolidación institucional.

El cuerpo del libro se integra por once capítulos, cada uno relativo a un trabajo de un autor diferente, y que a su vez se reagrupan en dos grandes secciones: la primera dirigida a particularidades del voto en América Latina durante el 2006 mientras que la segunda revisa la relación entre elecciones y gobernabilidad. Salvo el capítulo de Willibald Sonnleitner que se ocupa de un análisis comparado dedicado a elecciones cerradas en contextos polarizados (Costa Rica, México, Honduras, El Salvador y Nicaragua), todos los demás son estudios de caso. De la primera parte, Camille Goirand se encarga de las prácticas partidarias, con énfasis en los factores de estructuración de las alianzas electorales en Brasil, revisándose en concreto el papel del Partido de los Trabajadores en Pernambuco y la imposible reforma electoral; Leticia Ruiz Rodríguez se ocupa de las decisiones de los partidos y sus coaliciones en Chile democrático; Francisco Gutiérrez Sanín expone el deshielo y radicalización en Colombia, sugiriendo una radicalización sin polarización e incluso un nuevo *cleavage* centro-periferia; mientras que el Fenómeno Humala es estudiado por Carmen Rosa Balbi.

La segunda parte, relacionada con la cuestión de la gobernabilidad, se inicia con un trabajo sobre Bolivia donde Jorge Lazarte repasa la manera en que se han dado los conflictos sociales en este país andino y el modo en que se ha configurado una nueva constelación de poder. El autor analiza la rebelión de octubre y la salida electoral, así como el giro histórico del 2005 y se pregunta sobre los alcances de la gobernabilidad para Bolivia; Flavia Freidenberg estudia las elecciones presidenciales de octubre/noviembre del 2006 en Ecuador, remarcando el triunfo de la antipolítico, los efectos de los resultados sobre la competición intrapartidaria y la gobernabilidad, así como el revés de los partidos tradicionales; Alberto Aziz se ocupa de las elecciones en México, destacando la polarización existente y la crisis postelectoral generada; Sebastião Velasco y Ana María Stuart trabajan sobre las elecciones presidenciales y la política exterior brasileña, cuestionándose la continuidad o discontinuidad de esta última; David Recondo analiza también las elecciones mexicanas pero en su juego internacional, haciendo énfasis sobre el modo en que este proceso ha sido evaluado y vigilado por los actores exteriores y, finalmente, Carlos Romero estudia la política exterior en la Venezuela de Chávez, revisando los orígenes del proyecto bolivariano, una política exterior diferente, el tema de la democracia y la nueva carta geopolítica que representa.

El cierre de la obra queda a cargo de Georges Couffinal y Fernando Carrillo, donde el primero reflexiona sobre si son «nuevos o viejos los elegidos?», formulando a su vez la interrogante de encarar la búsqueda de una nueva forma de democracia; mientras que el segundo concentra su trabajo en el papel del capital político en las elecciones latinoamericanas, definiendo y relacionando éste con Estado, democracia, instituciones y política social, pero siempre ponderando a los partidos políticos como la llave del sistema. En síntesis, el ciclo electoral del 2006 se caracteriza por comportamientos electorales relativamente poco «desviados», en despecho de una oferta política siempre deficiente y de instituciones poco competentes. La obra sostiene que sus resultados no propiciaron mayores sorpresas, a lo sumo la derrota de López Obrador en México. La izquierda aparece reforzada, con la reelección de Hugo Chávez y Luiz Inácio Lula, y las victorias de Evo Morales, Michelle Bachelet, Rafael Correa y Daniel Ortega. Sin embargo, el libro toma nota de las diferencias al interior de esta izquierda, cual limitantes para su generalización, así como por el hecho de que, en ciertos países, los *cleavages* partidarios son más que imprecisos.

Luis Diego BRENES VILLALOBOS

Jesús ESPASANDÍN LÓPEZ y Pablo IGLESIAS TURRIÓN (coords.). *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político.* Barcelona: El Viejo Topo, 2007. 384 pp. ISBN 978-84-96831-25-4.

Cuando el 18 de diciembre de 2005 Evo Morales Ayma era elegido presidente de Bolivia con una histórica mayoría absoluta, ocurrían muchas cosas. La mayoría de las televisiones y periódicos descubrían en Bolivia algo más que ese molesto desorden de la movilización subalterna. Algunas imágenes recurrentes comenzaron entonces a circular: un indígena sería el máximo mandatario de un país en el que los «pueblos originarios» llevan más de 500 años siendo mayoría silenciada; la multinacional con bandera española Repsol temía por sus inversiones en la zona; el riesgo de la polarización; muchas interpretaciones apresuradas que caían en paracaídas... y alguna simbología indigenista como folklórico telón de fondo.

En ese ruidoso contexto irrumpe el libro *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, que constituye un exitoso esfuerzo para dotar a los lectores del Estado español de una mirada múltiple, profunda y rigurosa sobre lo que acontece en Bolivia. Tres premisas sostienen la obra y cohesionan sus capítulos. En primer lugar, que la llegada al gobierno del MAS –y la posterior apertura institucional de un proceso constituyente– no es un mero epifenómeno, pero tampoco puede entenderse al margen de la secuencia histórica que, a medio y corto plazo, la ha producido. En segundo lugar, que los movimientos sociales bolivianos son no sólo los protagonistas sino los generadores del proceso actualmente abierto en Bolivia, pero que –y ésta es la tercera premisa– la agenda política debe ser pensada dentro de ciertas condiciones de

posibilidad, y que la ceguera de enmarcarlas sólo en una escala estatal-nacional es un atavismo de una ciencia social que prefiere la pulcritud metodológica a la audacia explicativa.

La obra se estructura, también, en tres grandes bloques. En el primero se ofrece una perspectiva de largo alcance sobre la historia de los movimientos indígena, campesino y obrero en el siglo XX en Bolivia. El segundo bloque se encarga de narrar e interpretar las movilizaciones de los últimos años contra los programas de ajuste estructural neoliberal y el neocolonialismo, poniéndolos en relación con una trayectoria anterior y con una cristalización institucional fundamental: el triunfo electoral del Movimiento Al Socialismo. La tercera parte alberga atractivas y convergentes tentativas de análisis de la situación boliviana desde el entrecruzamiento de las líneas de etnia y clase, y su significado en el espacio latinoamericano y global. Para finalizar, se ofrece una extensa entrevista con el vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, que desde su trayectoria intelectual y militante es uno de los mejores cronistas que puede haber del tiempo histórico que transita su país.

Los autores, Jesús Espasandín y Pablo Iglesias, han recogido y ordenado en nueve capítulos las aportaciones de once investigadores –trece si contamos las aportaciones de los propios coordinadores– estrechamente vinculados cada uno a su temática: en unos casos como estudiosos y en otros directamente como protagonistas que piensan el fenómeno «desde dentro».

Las multitudes bolivianas no van a los congresos de Ciencia Política ni leen las publicaciones académicas, y sin embargo sus pasos han hecho tambalear algunas falsas certezas, que necesitaban para su validación la parálisis de las clases subalternas. De lo que dicen los que siempre callan cuando se ponen «en movimiento» trata de dar cuenta este libro, que constituye un ejercicio de valentía: porque se sitúa en un vacío bibliográfico en el Estado español, y porque lo hace desde la convicción de que son tan estériles las descripciones que no se atreven a concluir más que la especificidad del objeto de estudio, como las generalizaciones impuestas, pretendidamente asépticas, y finalmente homogeneizadoras de la realidad. El resultado es una propuesta que se marca el deseo explícito de aunar rigor y compromiso, o lo que es lo mismo, honestidad intelectual y ubicación histórica.

La multidisciplinariedad y la precaución contra las verdades no constatadas son así los puntos de apoyo para recomponer un proceso que, se afirma, no finaliza con un hecho sin embargo emblemático y determinante: la presidencia de Evo Morales Ayma. Para ello el libro visita la «memoria larga» de las luchas de 500 años contra el colonialismo, y la «memoria corta» del simulacro de inclusión y redistribución que supuso la revolución nacional-popular de 1952. Estas dos trayectorias suponen dos discursos y dos identidades subalternas, la indígena y la popular, que son testimonio y denuncia de lo que Boaventura de Sousa Santos llama «las promesas incumplidas de la modernidad».

En 1985 se aplican en Bolivia de manera precoz los ajustes estructurales de lo que más tarde quedaría plasmado en el «Consenso de Washington»: reducción drástica del gasto público, privatización y fragmentación de las grandes empresas estatales,

informatización de las relaciones laborales, apertura forzosa de los mercados industriales y agrícolas a los productos del centro del sistema-mundo, destrucción de la mediación sindical como mecanismo articulador de la ciudadanía, de la integración política de los asalariados y del pacto social dentro de un sistema de «capitalismo de Estado». En suma, una ofensiva contra el Estado sindical-nacionalista salido de la Revolución de 1952 y una reactualización e intensificación de la situación de dependencia colonial de Bolivia, reafirmando el mando criollo –que por otra parte estuvo vigente en la República desde su independencia– y la estratificación étnica bajo una retórica multicultural e integracionista profundamente racista.

Los movimientos sociales –el movimiento obrero y su vanguardia minera, en primer y fundamental lugar– sucumbieron a tal reconfiguración en su contra de la composición política y de clase del Estado boliviano, y naufragaron en un mar de precarización de la fuerza de trabajo, desarticulación del reconocimiento institucional de las organizaciones populares, disolución de las identidades obreras y fragmentación de sus lugares tradicionales de socialización, y ofensiva ideológica neoliberal. El pacto social que subyacía, no sin recurrentes accesos dictatoriales y turbulencias periódicas, a lo que Luis Tapia llama la composición política de la sociedad boliviana, fue deshecho y reformulado desde las élites económico-políticas del país.

Esto es lo último que supimos de Bolivia. Treinta años después vimos prometer su cargo con un poncho indígena o con el puño en alto a un antiguo sindicalista cocaleño. Entre medias los telediarios sólo mostraron imágenes atropelladas de bloqueos y disparos. El «ciclo rebelde» que se abrió en el año 2000 con la llamada «Guerra del Agua», que fraguó en el departamento de Cochabamba una exitosa alianza multiétnica e interclasista, hegemonizada por los sectores subalternos e indígenas. A lo largo de cinco años, hasta la llegada al poder del MAS, este ciclo fue produciendo una serie de novedades discursivas (como la formulación del indianismo como narrativa de reconstrucción e integración nacional «desde abajo»), organizativas (como la consolidación del Movimiento Al Socialismo como instrumento político de los sindicatos cocaleros primero y como solución estatal a la crisis después, o la convergencia de las formas de movilización en una agenda nacional antineoliberal) y sociopolíticas (como la producción de una nueva hegemonía desde el bloque que el actual vicepresidente de Bolivia caracteriza como indígena-popular, o el papel de la identificación étnica ancestral en la reconstrucción política de los sectores subalternos y su agencia política tras la crisis de la identidad obrera).

Esas novedades constituyen el objeto de estudio de *Bolivia en movimiento*, siendo extensa y minuciosamente analizadas desde el convencimiento de que entenderlas es el primer paso en la tarea de atreverse a explicar con alguna posibilidad de éxito lo que ha sucedido en Bolivia. La contextualización del proceso boliviano en perspectivas entrecruzadas regional, continental y global, supone un aporte a una mirada geopolítica que preste atención también a los actores cotidianos, a los movimientos sociales, en este caso protagonistas. Tras la lectura del libro el lector está entonces, sea cual sea su grado de acuerdo con las tesis que en él se apuntan, modesta pero sólidamente situado para ser capaz de leer el proceso constituyente boliviano en

profundidad, comprendiendo las tensiones del tiempo presente, sus herencias del pasado y sus potenciales recorridos futuros.

Íñigo ERREJÓN GALVÁN

Scott MAINWARING, Ana M. BEJARANO y Eduardo PIZARRO (eds.). *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford: Stanford University Press, 2006. 441 pp. ISBN 10 0804752788.

Hace apenas unas décadas, la región andina era estudiada como un enclave geográfico en el que se desarrollaban varios sistemas políticos de corte diferente. Así, mientras que, por un lado, se estudiaba a los sistemas colombiano y venezolano como paradigma de la consolidación de las democracias partidistas, por otro, se intentaba entender el vaivén democrático-autoritario de Perú, Bolivia y Ecuador. Sin embargo, el devenir último de los acontecimientos políticos, económicos y sociales en cada uno de estos escenarios ha llevado a los cinco países andinos a converger en una encrucijada política común caracterizada por una crisis de representación democrática.

La obra publicada por Scott Mainwaring, Ana M. Bejarano y Eduardo Pizarro se presenta como una valiosa contribución tanto a la discusión del concepto de representación como a la comprensión de la situación política de la región andina. En este sentido, la aportación teórica consigue enriquecer la discusión en dos grandes dimensiones: por un lado, propone una relectura del concepto teniendo en cuenta el tipo de sistema político y el tipo de Estado al que se aplica. Se entiende que las teorías previas referentes al estudio de la representación habían estado centradas principalmente en los países desarrollados, por lo que su aplicación al conjunto de las nuevas democracias precisa de una nueva aprehensión del término; por otro lado, los autores proponen una definición del concepto que les permite una mejor operacionalización del mismo. Esta opción, si bien acota las atribuciones del propio concepto y termina balanceando la discusión hacia uno de los dos pilares de la acción de representar destacados por Pitkin, esto es, el de la autorización (Pitkin, 1967: 140), permite por otra parte establecer una relación más directa entre el debate teórico y la realidad empírica que lo sustenta. Por su parte, la aplicación que hacen diversos autores en los capítulos contiguos del mencionado marco conceptual introduce y analiza los factores institucionales y sociales que han podido contribuir al desencadenamiento y el desenlace de la crisis.

La obra comienza con un capítulo introductorio en el que se presenta el objeto de análisis, concretamente, la crisis de representación democrática. Así, los autores definen a la representación como la autorización que un particular concede a un agente para que este último actúe en interés del primero. En este sentido, los autores se aproximan a las teorías formalistas analizadas por Pitkin, descartando las atribuciones programáticas y de *accountability*, cuyo alcance consideran reducido para explicar la realidad latinoamericana. Asimismo, los autores acotan el estudio del concepto a su acepción

«poliárquica», entendiéndola así la representación democrática como autorización de los ciudadanos cuando eligen a sus representantes a través de un proceso electoral. Finalmente, los autores utilizan dos dimensiones para operacionalizar el concepto: una subjetiva, relativa a la confianza en las instituciones; y una conductual, referente al apoyo electoral, concluyendo así que existirá una crisis de representación democrática cuando los ciudadanos retiren su apoyo a las instituciones y cuando los electores priven de su voto a los actores institucionales del sistema democrático (escasa participación, volatilidad, emergencia de *outsiders* y éxito de discursos antisistémicos). Esta definición y operacionalización de la crisis permite a los autores relacionar la discusión teórica del concepto con el tipo de acontecimientos políticos observados en los países andinos. Los capítulos consiguientes, escritos por diferentes especialistas de la región, tendrán como función aplicar el marco teórico definido y entrelazarlo con la sucesión de eventos clave vinculables a la mencionada crisis de representación democrática.

En un primer apartado, Tanaka, Pizarro, Pachano y Mayorga analizan los factores que desencadenaron la crisis de representación democrática en cada uno de los países andinos. Tanaka se centra en el colapso del sistema de partidos en Perú con Fujimori y en Venezuela con Chávez, concluyendo que el derrumbe del sistema de representación democrática en estos dos países no se debe tanto a la inestabilidad económica como a la mala gestión política de las élites partidistas en un momento de *critical juncture*. Por su parte, Pizarro y Pachano centran su análisis en el fortalecimiento de la representación parroquial en Colombia y Ecuador respectivamente. Esta particularización del sistema se habría debido, en ambos casos, a las ineficientes reformas institucionales llevadas a cabo en cada uno de los países. Finalmente, Mayorga analiza las causas y consecuencias del ascenso de *outsiders* en el conjunto de la región y, en particular, en Bolivia. El autor relaciona la emergencia de estos líderes con la previa crisis de gobernabilidad y apunta como principal consecuencia la desinstitucionalización del sistema y la consolidación de lo que O'Donnell denominase democracias plebiscitarias.

En un segundo y tercer apartado O'Neill, Crisp, Levine, Romero y Yashar analizan la calidad y las características de la representación democrática tras ciertas reformas institucionales y tras la emergencia de nuevos actores con capacidades representativas. O'Neill estudia el impacto que ha tenido la descentralización en el sistema de representación de los países andinos. La autora concluye que la descentralización ha tenido un impacto muy diferente en cada uno de los sistemas, observándose, muy ligeramente, cierto fortalecimiento de las fuerzas tradicionales en los niveles subnacionales. Crisp, por su parte, analiza el impacto que han tenido ciertas reformas relativas a la organización de los partidos y del propio sistema de partidos en el tipo de representación alcanzado en cada caso. El autor demuestra que, a pesar de los intentos de optimizar el entramado institucional, en líneas generales –aunque con ciertas excepciones– las reformas han consolidado las deficiencias del sistema representativo. Levine y Romero estudian las potencialidades del movimiento urbano en Venezuela como posible alternativa a los actores representativos clásicos. Los autores concluyen que este tipo de movilización alternativa, dados los costos y la dificultad para organizarse, termina siendo absorbido por el sistema institucional. Finalmente, Yashar analiza la emergencia

del indigenismo como nuevo canal de representación. Tras revisar las reformas institucionales y los efectos acarreados por las mismas, concluye que, si bien se ha avanzado bastante en la inclusión de los indígenas en el sistema político, todavía existen ciertas barreras de facto que impiden la plenitud de dicha representación.

El libro se cierra con el capítulo fundamental de Scott Mainwaring, quien, a través de un minucioso estudio de la relación existente entre el apoyo a las instituciones del Estado y el rendimiento previo de las mismas, ofrece una teoría explicativa del desencadenamiento de la crisis de representación democrática en la región andina. Así, según Mainwaring, la mencionada crisis de representación no habría sido provocada por un desajuste o un excesivo hermetismo del sistema institucional sino que estaría directamente relacionada con el deficiente rendimiento de las instituciones del Estado, agudizado por el tratamiento negativo que reciben dichas instituciones por parte de los *media*. Esta ineficiencia de las instituciones estatales se presenta como elemento clave para, por un lado, diferenciar a los países latinoamericanos de otras democracias más consolidadas y, por otro, entender la relación de la ciudadanía latinoamericana, y en particular la andina, con el sistema de representación. Con esta teoría el autor cierra una obra imprescindible que localiza un foco de discusión poco explorado pero que podría ser la clave para entender la inestabilidad política que han vivido los países andinos en los últimos años.

Ana HARO GONZÁLEZ

María Antonieta DELPINO GOICOCHEA. *La inserción de los adolescentes latinoamericanos en España: algunas claves.* Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones, 2007. 178 pp. ISBN 978-84-8417-257-4.

España se ha convertido en uno de los principales países receptores de inmigrantes, lo cual plantea importantes desafíos sociales y educativos. Las situaciones y problemáticas de niños/as y adolescentes merecen una atención especial puesto que se encuentran en pleno proceso de desarrollo personal y de estructuración de su identidad. Por otra parte su migración no suele producirse por decisión propia sino de sus progenitores. Así pues, constituyen un colectivo especialmente sensible y con características diferenciales en lo que se refiere a su proceso de inserción social. Resulta entonces crucial analizar a fondo las vivencias y conflictos de los jóvenes de origen inmigrante en este proceso, con el fin de encontrar y decidir las estrategias más adecuadas para facilitar su integración, evitando reductos sociales de violencia, infelicidad y/o marginación que repercutirían negativamente no sólo en ellos y en sus familias sino en toda la sociedad española.

Por ello resulta muy pertinente y oportuna la iniciativa de la Liga Española de la Educación y la Cultura Popular (LEECP) al propiciar una investigación sobre las

situaciones, experiencias y dificultades que los adolescentes latinoamericanos enfrentan a la hora de integrarse en nuestro país; y los factores sociales, escolares y familiares que inciden en su socialización. El presente libro es la publicación de dicha investigación a través del informe elaborado por la socióloga y educadora María Antonieta Delpino, responsable del estudio.

La mirada aguda y lúcida de Delpino examina y ordena los datos obtenidos a través de una metodología tanto cuantitativa como cualitativa. Los grupos de discusión y las entrevistas en profundidad nos permiten escuchar las voces de los y las jóvenes latinoamericanos. Sus vivencias, pensamientos y expectativas son analizados con exquisita sensibilidad por la autora del informe y son puestos en relación con los discursos de adolescentes autóctonos, mujeres adultas latinoamericanas y profesores españoles. A través del análisis de los datos aparece un dibujo claro y significativo, aunque también complejo y lleno de matices, acerca de la realidad de los jóvenes inmigrados en nuestro país.

En la primera parte se abordan las estrategias migratorias adultas, especialmente de mujeres latinoamericanas, madres de los escolares, y sus diferentes circunstancias y problemáticas. Posteriormente se examinan las experiencias de los adolescentes latinoamericanos en la escuela española, que enfrenta el reto de acoger a gran cantidad de alumnos de culturas diversas, con un sistema educativo en sí problemático y muy diferente a aquellos de los países de origen. El panorama que queda configurado en el análisis no resulta demasiado esperanzador; los estudiantes latinoamericanos se enfrentan con estereotipos sobre sus capacidades, con metodologías inapropiadas, limitada presencia de programas interculturales y de acogida. Los escasos recursos, el temor ante lo desconocido y la percepción de expectativas negativas provenientes del contexto provocan sentimientos de inferioridad e inseguridad en muchos alumnos latinos. Por otra parte, el entorno familiar no siempre constituye un apoyo: madres y padres no suelen estar en las mejores condiciones para proporcionarlo. El hecho de que la mitad de estos alumnos repita curso en la ESO es uno de los síntomas de que algo no marcha bien.

El informe revela cómo algunos adolescentes tratan de consolidar su identidad intentando mimetizarse con la cultura dominante, y otros en cambio construyen su identidad oponiéndose a muchos aspectos de la sociedad autóctona, especialmente cuando perciben que ésta los rechaza y el grupo familiar no proporciona suficiente apoyo. Esto hace que puedan ser atraídos por la participación en grupos callejeros. La autora propone como ideal la construcción de una identidad bicultural que integre aspectos de ambas culturas.

El estudio concluye que si bien la mayoría de los jóvenes latinoamericanos no pertenecen a ningún grupo juvenil o banda latina, muchos se sienten atraídos hacia esos grupos, que constituyen a su manera un espacio de seguridad emocional, un mecanismo de apoyo ante la indefensión que provoca una integración no satisfactoria. Las bandas subsanarían así necesidades de identificación, socialización y protección en un medio que resulta hostil y les aportarían el poder y la fuerza que no tienen en la sociedad.

Como interesante colofón, la obra resume en uno de sus anexos un conjunto de aportaciones, sugerencias y propuestas de actuación en torno a la incorporación de los adolescentes latinoamericanos recogidas en una jornada de trabajo con diversos agentes sociales, incluidos los propios jóvenes. El presente libro constituye un referente obligado para padres, madres, educadores y, en general, para quienes pretendan conocer y mejorar las situaciones y problemáticas de los jóvenes latinoamericanos en su proceso de inserción. Muy especialmente es importante su lectura para aquellos a los que corresponde plantear y establecer vías eficaces de integración, algo beneficioso e indispensable para ambas culturas.

María Dolores PÉREZ GRANDE

Pierre FRÜHLING, Miguel GONZÁLEZ y Hans Petter BUVOLLEN. *Etnicidad y nación. El desarrollo de la autonomía de la Costa Atlántica de Nicaragua (1987-2007)*. Guatemala: F&G Editores, 2007. 444 pp. ISBN 978-99922-61-60-6.

Generalmente al relatar la historia de Nicaragua se deja de lado (se ignora u olvida) la realidad de una parte sustancial del país: la Costa Atlántica. Este hecho es especialmente crítico debido a que dicho territorio posee una superficie de 60.366 kilómetros cuadrados (56% del territorio de Nicaragua) y una población estimada de 620.640 habitantes (12% del total de la población), a la par que constituye la gran reserva de masa forestal y recursos hídricos del país. Pero además la población costeña es la más empobrecida de la República (incluso podría afirmarse –tal como hace el libro que se reseña, pp. 283 y ss.–) que la Costa constituye una «nación africana» dentro de Nicaragua debido a que los indicadores del IDH regional del 2005 son comparables a los de Guinea o de Senegal.

Pero además de la «marginalidad» política y económica, esta región tiene una característica que la hace muy especial: en su territorio conviven poblaciones con diferentes rasgos culturales, étnicos e identitarios: el 76% son mestizos, el 17% miskitos, el 4% son creoles o negros, el 2,6% son sumos-mayagnas y el 0,2% son ramas (p. 281). Los miskitos, sumos y ramas descienden de la familia Macro-Chibcha originaria de América del Sur. Los creoles y garífunas provienen de población esclava traída de África, mezclada con población amerindia de las Antillas. Y el colectivo mestizo (actualmente mayoritario, aunque no originario de la región) proviene de migraciones internas. Este fenómeno ha supuesto que la Costa Atlántica sea un enriquecedor espacio multicultural y multiétnico en donde conviven poblaciones con itinerarios históricos, lenguas, costumbres e, incluso, cosmovisiones diferentes. Sin embargo, esta condición también ha supuesto múltiples episodios de incomprensión y conflicto –entre los mismos costeños y, sobre todo, con los nicaragüenses del Pacífico, a los que los oriundos califican de «españoles»–.

A todo esto cabe agregar el difícil encaje histórico de la Costa Atlántica en el Estado nicaragüense. Si bien muy pocas veces se ha discutido la «soberanía» que ejerce la República de Nicaragua en su territorio, las autoridades de Managua han permanecido de espaldas –cuando no enfrentadas– a la realidad de la Costa Caribe. Este proceso obtuvo gran visibilidad nacional e internacional a partir de 1979. Por numerosas razones, con la llegada al poder del FSLN, la Costa se convirtió en una de las zonas más conflictivas del país. A raíz de ese enfrentamiento emergieron en el debate nacional –e internacional– las particularidades históricas, sociales y políticas de la Costa Atlántica.

Fue a raíz de esta dinámica que en la Constitución aprobada en 1987 se reconoció, por primera vez en la historia de la República, la naturaleza multicultural y multiétnica del país. En el mismo año se aprobaría en la Asamblea Nacional un Estatuto de Autonomía que generaría un formato institucional sin parangón en América Latina: la presencia de dos regiones autónomas de carácter multiétnico con cámaras representativas elegidas democráticamente y de gobiernos responsables ante ellas. Se trata de la Región Autónoma del Atlántico Norte (RAAN) y la Región Autónoma del Atlántico Sur (RAAS).

Sobre este proceso versa la obra colectiva que aquí se reseña. Con esta pretensión es importante empezar señalando que el libro escrito por los investigadores Pierre Frühling, Miguel González y Hans Petter Buvollen no sólo es un texto de gran calidad sino que, además, llena un vacío: el de hacer un balance de dos décadas de autogobierno de la Costa. *Etnicidad y nación* divide sus contenidos en cuatro secciones. La primera es de carácter histórico, la segunda versa sobre el funcionamiento y desempeño del régimen autonómico a partir de sus primeros pasos (en 1990), la tercera expone la situación actual de la Costa, y la cuarta y última hace un balance –a modo de conclusión– de las dos décadas de proyecto autonómico de la Costa Caribe nicaragüense. Así las cosas, el libro se distingue de las monografías que pretenden exponer y relatar la singular historia de la región (como el libro de Vilas de 1990 o el escrito por De Hale de 1994) y de los «análisis de caso» donde muestran de forma minuciosa y detallada conflictos entre diversos actores presentes en la Costa (generalmente comunidades, municipios, el gobierno regional, el nacional y empresas privadas nacionales y transnacionales), pero sin transformarse por ello en un «informe de coyuntura» sobre la situación actual de la Costa.

El libro que se reseña se inicia con una pequeña recensión histórica (que abarca los capítulos I y II) y, en el capítulo III, expone y analiza de forma detallada el proceso de creación y puesta en práctica de los Estatutos de Autonomía. Este análisis tiene la virtud de mostrar cuál fue el contexto, cuáles los autores, las pretensiones y los intereses del «proceso fundacional» de la autonomía de la Costa. En este sentido, dichas páginas constituyen un material de gran interés para los interesados en los procesos de creación y diseño institucional ya que –tal como exponen algunos politólogos– las instituciones son «preferencias congeladas» que una vez empiezan a funcionar constriñen (y facilitan) determinadas estrategias, discursos e intereses.

La segunda sección, titulada «El régimen autonómico en la vida real», relata los primeros pasos del proyecto político y el desempeño de los primeros Consejos Regionales. Respecto a los «primeros pasos» cabe apuntar que se dieron en un contexto «no planeado», ya que tuvieron lugar en el marco de un gobierno que finiquitó el proyecto revolucionario (donde la realidad de la Costa no era prioritaria) y que impulsó medidas políticas de carácter neoliberal. En este marco, el texto ofrece notas de gran interés y que suponen un conocimiento minucioso y de primera mano de lo acontecido –tal como lo señala el apartado titulado «Abandono y proyectos surrealistas en la RAAN» donde relata el caso de la empresa «Equipe Nicaragua» (pp. 136 y ss.) que pretendía, una vez más, esquilmar los recursos forestales de la Costa a través de triangulaciones financieras, concesiones lucrativas y decisiones imprudentes–. En cuanto al desempeño de los primeros Consejos Regionales, los capítulos VI y VII señalan cómo demasiadas veces la coyuntura política nacional (siempre polarizada, turbulenta y con tintes caudillistas) se ha impuesto a la regional, local y comunitaria. En ese marco «nacionalizado», los dos capítulos interpretan la participación y los resultados de las elecciones costeñas de 1900, 1994, 1998, 2002 y 2006, donde el incremento alarmante de la abstención (que llegó al 62% en 2002) supone un mal indicador de la salud de las instituciones; los conflictos y malversaciones presupuestarias (donde destaca el episodio de la construcción de los «Palacios de la Autonomía»); y los nuevos temas en agenda, entre los que destaca la Ley de Tierras (L445) de 2002 y su conflictiva implementación.

La tercera sección, titulada «La Costa Atlántica de Hoy», expone tres temas de gran relevancia: la realidad sociodemográfica y las perspectivas de desarrollo económico de la región (capítulo VIII); la capacidad institucional de las Autonomías en la elaboración de leyes, el diseño de políticas y de su implementación –donde se hace un especial hincapié en el apoyo de la solidaridad internacional– (capítulo IX); y las percepciones de los costeños sobre las mismas Autonomías, su pertenencia identitaria y el futuro de la región (capítulo X).

Finalmente, la cuarta y última de las secciones expone un balance de los veinte años de autonomía regional y sus perspectivas. En este apartado se expone, por un lado, una comparación breve entre las Regiones Autónomas y las Comarcas Indígenas en Panamá y los resguardos de Colombia. Y, por otro, se señala que los retos inmediatos más acuciantes son tres: la necesidad de crear una base productiva autónoma y sostenible en la región; de dar formación a sus ciudadanos para poder generar capital humano con el que enfrentar los retos futuros en un mundo complejo; y de fortalecer las instituciones en un contexto donde los efectos nocivos de la globalización (como el crimen organizado y el narcotráfico) se ensañan en regiones periféricas.

Antes de terminar la reseña, sin embargo, es importante exponer que la Costa Atlántica puede considerarse un clásico ejemplo de un territorio donde el Estado no ha tenido la capacidad de retener el control efectivo del poder, surgiendo otros actores (de carácter comunitario o privado, local o transnacional, benefactor o vinculado al crimen organizado) que suplen sus funciones, mermando el ejercicio real de los derechos de ciudadanía de sus habitantes. Por esta razón, la Costa Atlántica encaja en la

categoría de las «áreas grises», definidas por Guillermo O'Donnell como aquellos territorios donde los componentes propios de la legalidad democrática y el poder de facto muchas veces se difuminan. Precisamente por ello, un libro como *Etnicidad y nación* es de gran relevancia para poder comprender realmente cómo es la vida cotidiana en muchos espacios periféricos latinoamericanos, cuáles son sus retos y perspectivas; pero teniendo en cuenta que dichos retos no pueden escindirse de la voluntad política de los Estados de crear nuevos diseños institucionales más apropiados (y apropiables) a las regiones con características tan singulares como las que presentan en el Caribe nicaragüense.

Salvador MARTÍ I PUIG